



PERFECTAMENTE IMPERFECTOS

Cristina García Trufero



PERFECTAMENTE IMPERFECTOS

Cristina García Trufero



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, junio 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-71-5
Depósito Legal: CS 419-2025

© del texto, Cristina García Trufero
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mis padres, por dejarme soñar.

«Son tal vez nuestras imperfecciones las que nos hacen perfectos el uno para el otro».

Jane Austen



PRÓLOGO

Dermont era un pueblo pequeño y tranquilo situado muy cerca de la costa sur del Reino Unido. Asentado sobre un páramo verde, era el lugar perfecto para desconectar del bullicio de las grandes poblaciones. Se extendía a lo largo de la tierra y contaba con algunas casas en las inmediaciones. La villa, que presumía de ser uno de los parajes más hermosos de la zona, se encontraba a tan solo trece millas de Southampton. Esa cercanía permitía a la mayoría de sus habitantes acercarse a la ciudad, bien para disfrutar de la temporada de bailes y celebraciones, bien para adquirir productos que no encontraban en las villas colindantes.

Situada a las afueras y construida junto a un bosque de robles de gran superficie, se encontraba Pemberhouse, un caserón de dos pisos de altura rodeado por un cuidado jardín. Allí residían los Grenfell, que contaban con un total de cinco miembros: cuatro mujeres y un hombre. Thomas, el cabeza de familia, tenía los ojos grandes y de color verde,

y el pelo tan negro como el carbón que se extraía en los condados de Yorkshire, Lancashire, Northumberland y Durham. Era conocido en el vecindario por su amabilidad y su buen hacer. A pesar de que trabajaba mucho, a veces incluso hasta bien entrada la noche, siempre tenía tiempo para dedicar a sus tres hijas. Su esposa, una mujer de porte elegante y con un abundante pelo sedoso del mismo tono de la miel, tenía un temperamento adusto según qué gentes. Cuando el matrimonio se enfadaba, lo primero que Mary Grenfell le echaba en cara a su marido era que malcriaba a las niñas. Sobre todo a la más pequeña de ellas, Ada, por la cual sentía predilección.

La mayor de las hermanas, Edith, era una muchacha de rostro casi tan afilado como su carácter. Era presuntuosa y la firme instrucción que le había proporcionado su madre, quien deseaba que las jóvenes fueran perfectas para convertirse en señoras respetables de la alta sociedad, había hecho de ella una dama en exceso vanidosa y, en ocasiones, algo impertinente. Le gustaba cuidar su larga cabellera ondulada, de un tono similar al de Mary, y presumía de ser mejor que las demás en modales, educación, belleza y encanto. Tenía el cutis sonrosado y los labios finos, los cuales solía llevar apretados como si contuviera alguna crítica o mala palabra que por educación no debía expresar. De ella decían, a menudo, que era la viva imagen de su progenitora, lo que la hacía sonreír con orgullo.

La mediana, en cambio, tenía la mandíbula cuadrada,

las manos grandes y un cuerpo sin demasiadas curvas. Cora solía llevar el pelo lacio, de un marrón oscuro como la tierra mojada, recogido en algún moño para mayor comodidad. Era consciente de que, aunque era bonita, no destacaba tanto como Edith. Esto le permitió desarrollar una personalidad menos jactanciosa y más prudente que la de la primogénita. Sus modales refinados, pero más serios y silenciosos, a menudo la llevaban a quedarse en un discreto segundo plano cuando se hallaba en compañía de otros. Hecho que no la molestaba en absoluto, pues no se consideraba una mujer con una gran locuacidad.

Ada, la menor de las tres, era la que más se parecía a su padre en aspecto y carácter. La niña poseía una nariz respingona, la tez clara y el pelo oscuro. Era dulce, cariñosa y tímida en sus maneras. Observaba el mundo con inmensa curiosidad, como si pudiera aprender con cada detalle que veía. Ellas preferían mantenerse calladas y escuchar sobre temas que o bien no conocían demasiado, o no les interesaban lo más mínimo. Ada no. Su padre solía compararla con un pajarillo: inquieta, nerviosa y con una sed insaciable de aventura y curiosidad. Le gustaba leer y compartir su opinión de casi todos los temas, algo que sus hermanas mayores no entendían. Pero su mayor habilidad, que compartía con su progenitor, era ese extraño don de poder ver a través de su familia. Esto solía poner nerviosas a Edith y a su madre, quienes sentían su intimidad vulnerada por esos ojos almendrados de un verde azulado. Ada disfrutaba con

el sosiego que se respiraba en la casa y no parecía necesitar del gentío para ser feliz.

Al otro lado de la arboleda que había junto a Pemberhouse, se levantaban dos viviendas más. Pese a que no podían competir con el hogar de los Grenfell en cuanto a tamaño y elegancia, cada una gozaba de únicas particularidades. Las tres edificaciones estaban conectadas por un camino estrecho y sinuoso que atravesaba el denso bosque. Ada había recorrido ese sendero un millar de veces. Coppermon, la casa que se hallaba más al suroeste y a la cual se llegaba por la bifurcación de la izquierda, estaba habitada por un matrimonio mayor. Mientras que Whitegarden, la que se encontraba hacia el norte cogiendo el desvío de la derecha, hacía tiempo que no estaba ocupada. La chiquilla había oído decir a sus padres que pertenecía a un anciano que vivía en Andover, pero nunca le había interesado tanto como para indagar sobre él.

Lo que sí le llamó la atención desde que aprendió a andar y descubrió su existencia fue el pequeño buzón de madera que había muy cerca de su hogar. Se encontraba en la segunda revuelta del sendero, a unos pasos de esta. Si se iba desde la morada de los Grenfell se encontraba a mano derecha, junto al camino, pero lo suficientemente alejado como para no reparar en él si se iba distraído. Se levantaba sobre una estaca y tenía la forma de una casa. Era blanco, aunque la pintura ya estaba algo desgastada por las inclemencias del tiempo, y tenía una pequeña puertecita color marrón oscuro.

Thomas Grenfell le había contado a Ada, a modo de confidencia, que pertenecía a las hadas que habitaban en el bosque. Se trataba de unos seres diminutos, curiosos y alegres a los que les gustaba interactuar con su entorno. No obstante, debido a su naturaleza mágica, si eran vistas por alguien perdían sus poderes y su vitalidad. Decidieron construirlo para poder contactar con los seres humanos que habitaban a su alrededor sin poner en peligro sus vidas. Cuando la niña cumplió cinco años, el hombre le dijo que las había oído llorar y que estaba seguro de que era porque no recibían ninguna nota. Le comentó con gran aflicción que con el trabajo no tenía tiempo para comunicarse con ellas.

Fue entonces cuando la pequeña empezó a utilizarlo. No quería que se sintieran tristes, así que escribía, con ayuda de su padre, cartas de todas las extensiones. En ellas les relataba lo que había vivido ese día. Los primeros escritos tenían más tachones que palabras, pero a ellas no parecía importarles. Más tarde, cuando creció, las epístolas dejaron de tener aquel aspecto desastrado y se convirtieron en escritos de gran belleza.

Como no había demasiados niños en la zona y su madre no era partidaria de que cogieran el carruaje para acercarse a otras casas, Ada solía invertir su tiempo en la escritura. Sobre todo cuando Edith y Cora perdieron el interés en los juegos. Decían que eran cosa de niñas y, aunque ellas seguían siéndolo, o al menos eso le parecía a Ada, dejaron

de acompañarla en sus aventuras. Sustituyeron las carreras por clases de piano, baile, historia, idiomas o costura. A pesar de que no lo sabía con exactitud, Ada estaba segura de que su madre tenía algo que ver en aquel cambio tan drástico; pues, cuando creían que ella no las miraba, las jovencitas se retorcían, incómodas, dentro de sus corsés y echaban rápidos vistazos al exterior. Pero por entonces Ada era demasiado pequeña para entenderlo.

Siempre que la más joven de las hermanas contactaba con las hadas, recibía una respuesta que contenía una caligrafía muy angulada y pequeña. Cuando eso ocurría, cogía el preciado tesoro del buzón y corría en busca de su padre. Entraba como una exhalación en su despacho, sin ni siquiera llamar a la puerta, y agitaba la mano en alto para enseñarle lo que llevaba. A él nunca le importaba su falta de modales y jamás puso una mala cara ante su hija. Es más, muchas veces se reía en silencio por el ímpetu de su hija. Daba igual el humor que tuviera, su rostro cambiaba y su boca dibujaba una sonrisa radiante cuando contemplaba lo que portaba. Y, en lugar de regañarla por interrumpirle (como habría hecho su mujer), dejaba lo que fuera que hiciera, se levantaba de su escritorio y se acomodaba en el sofá que había junto a la ventana. Nada más sentarse, golpeaba el cuero con su mano derecha para indicarle que le acompañara. Ada obedecía, presurosa. Se sentaba junto a él y le tendía el papel para que leyera la nota, pues ella no lograba entender del todo aquella diminuta letra. Después

de conocer su contenido, se quedaban un rato ahí y debatían sobre ello. Con el paso del tiempo, el hombre dejó de leerlas para que su querido pajarillo de ojos curiosos practicara la lectura en voz alta.



Cuando Ada cumplió nueve años, Thomas ya no se levantaba del escritorio cuando lo interrumpía. Y, aunque lo intentaba, no sonreía tanto como antes. En su lugar, la cogía en brazos y la niña le leía frente a la mesa llena de papeles mientras él le acariciaba el pelo. Al acabar le decía que, pasara lo que pasara, siempre estaría con ella. Ada asentía antes de darle un beso en la mejilla.

Había días en los que se le veía más cansado que de costumbre, pero, pese a su agotamiento y malestar físico, nunca tuvo un mal gesto con la menor de sus hijas. Daba igual cómo tuviera el día, sacaba hueco para su correspondencia. Por aquel entonces su madre solía gritar a Ada si se enteraba de que había irrumpido en el despacho. Aquella extraña situación en la que el señor Grenfell parecía consumirse más y más, como si fuera un hada a la que hubieran visto los humanos, duró un año aproximadamente. Terminó una fría noche del mes de abril cuando el hombre se fue a dormir más pálido, fatigado y dolorido que de costumbre y no volvió a despertar.



Tras su muerte, Ada escribió decenas de cartas. La mayoría de ellas estaban repletas de tachones y contenían restos ya secos de las lágrimas derramadas. No recibió ni una sola respuesta. Sus mensajes se acumulaban, uno encima del otro, como si los habitantes mágicos del bosque se hubieran cansado de ella. Aun así, lo intentaba. Semana tras semana. Mes tras mes. Retiraba y guardaba las cartas viejas que nadie leía y llenaba el buzón con otras nuevas. Con cada nota, la rabia se volvía más intensa. Hasta que un día las piezas del puzle encajaron y comprendió por qué aquellas criaturas diminutas no respondían a sus lloros. No había hadas cerca de Pemberhouse. Nunca las había habido. Todo había sido una invención de su padre. Era él quien contestaba a sus escritos.

El día que descubrió la verdad, recogió las últimas epístolas y las arrojó a la chimenea con un nudo en la garganta. Se quedó allí, observando cómo se consumían, mientras los recuerdos compartidos con su padre acudían a su mente. Solo cuando el último pedazo desapareció, se atrevió a coger las respuestas recibidas a lo largo de los años. Había guardado todas ellas con sumo cuidado en el arcón de su alcoba. Después, se dirigió hacia el despacho, vacío y oscuro

sin él, cerró la puerta tras de sí y se dejó caer en el sofá para releer la correspondencia.

No le guardaba ningún tipo de rencor por haberse hecho pasar por unos seres mágicos, pequeños y revoltosos. Lo único por lo que podía estar enfadada con él era por haberse ido tan pronto y sin avisar. Y ni siquiera estaba enojada por eso. No tenía sentido estarlo, pues sabía que, si hubiera podido, se habría quedado más tiempo con ellas.

Se quedó dormida con las cartas sobre su regazo y solo despertó cuando su madre le tocó el brazo con cuidado. Lo primero que vio al abrir los ojos fueron las cartas desparradas a su alrededor. Después se encontró con los ojos de la mujer que la dio a luz. Los tenía llorosos y, a pesar de que no le gustaba que entrara allí, no levantó la voz ni la regañó. Dejó de lado la severidad que la caracterizaba y la rodeó con los brazos y la acunó en silencio.

Aquel día Ada dejó de escribir. No volvió a acordarse del buzón hasta que su madre le anunció a la joven que muy pronto se presentaría en sociedad.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

El humor de Ada parecía haber cambiado con la estación. Desde el inicio del invierno, se había vuelto más callada. Solo abría la boca para contestar a su progenitora o hablar con el servicio. Pero su actitud hosca nada tenía que ver con el frío, la niebla y las lluvias, sino, más bien, con las interminables clases a las que la sometía la señora Grenfell. Como una buena dama, debía aprender idiomas, pintura, música, costura y refrescar la historia y la geografía que sabía desde hacía años. Sin olvidarse, por supuesto, de comportarse como la sociedad esperaba que lo hiciera.

—Sin tu padre aquí y con tus hermanas primero, me he descuidado demasiado contigo, querida —le soltó su madre con aire de reprobación. Era el discurso que llevaba repitiendo desde finales de año y ya habían pasado casi tres meses desde que habían comenzado uno nuevo, lo cual era todavía más irritante—. Es importante aprender a...

—Coser, dibujar, hablar con educación, saber callar,

bailar, cantar y tocar, al menos, un instrumento —repitió la joven al mismo tiempo que ella con tono de condescendencia, lo que provocó que se granjeara una mirada de desaprobación. No era una chica dada a responder, pues en eso la habían educado muy bien. Sin embargo, había llegado a su límite y no pudo evitarlo—. Ya sé piano —protestó.

—No lo suficiente, querida. —No había crítica en su tono, sino la certeza de que su hija podía dar más de sí—. Edith y Cora son sobresalientes con él. Tienes que estar a su altura si quieres tener una buena vida.

—Pero yo no soy ellas.

—No hace falta que me lo recuerdes. —Movi6 la cabeza de un lado a otro—. Eras la favorita de tu padre. No debí dejar que te malcriara. —La de menor edad no pudo evitar poner los ojos en blanco ante aquel comentario. Últimamente lo hacía con demasiada frecuencia, algo que Mary Grenfell no soportaba, pues demostraba una falta de modales que no iba a tolerar. No había educado a sus hijas para que fueran groseras—. Las señoritas no hacen ese gesto tan descortés. Más te vale que te entre en la cabeza.

La muchacha apretó los labios para no continuar con aquella conversación, que a lo único que conducía era a una consecución de gritos, seguidos de uno o dos bofetones. Intentar razonar con su madre era tan infructuoso como mantener una conversación con una pared. En momentos como aquel, Ada entendía todo por lo que tuvieron que pasar Cora y Edith. Sin embargo, en cierto modo las

envidiaba, pues se habían tenido la una a la otra. Ella debía pasar por esa tortura sin ningún tipo de apoyo o confidente, más allá de su doncella. Era cierto que contaba con un pequeño cuaderno, regalo de su padre el mismo año que las dejó. Pero, aunque había intentado escribir, incluso cuando él murió, las palabras no salían. Era como si hubiera perdido la capacidad de hacerlo. Y, aunque hubiera podido hacerlo, las hojas solo retenían sus palabras. No tenían la capacidad de responderle o consolarla. Y ella necesitaba a alguien que la escuchara y que la distrajera de la vorágine de tristeza en la que se había convertido su vida.



Había días en los que lo sobrellevaba con mejor espíritu. Aquella nublada tarde del dieciocho de marzo de mil ochocientos dieciséis no era como esos días donde respiraba profundo y se dedicaba palabras de ánimo. En aquella ocasión sentía que ya no podía aguantar más. Había tenido una agotadora lección de baile en la que la instructora, una mujer tosca que siempre llevaba un moño demasiado tirante, profirió más insultos de los que Ada había oído en toda su vida. Después de aquello, la joven se escabulló a su habitación con las mejillas coloradas por el esfuerzo y las reprimendas. Tenía la esperanza de que su madre se olvidara de ella durante unas horas, pues no estaba segura

de poder soportar uno de sus sermones. En cuanto llegó a su alcoba, cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y apoyó la espalda contra la madera blanca durante un instante. «Cuán diferente sería la vida si padre aún viviera», pensó. Él no era tan estricto. Y, en caso de tener que hacer algo, buscaba la manera de que fuera más agradable. La joven estaba segura de que habría bromeado con las malas formas de la profesora, para después darle ánimos con alguna historia tonta o dejar caer que siempre podía desahogarse con las hadas. Agitó la cabeza ante el recuerdo del buzón. Hacía años que no se permitía pensar en él. Hacerlo implicaba desenterrar recuerdos que no estaba segura de poder aguantar.

Sin embargo, la situación había llegado a un punto en el que amenazaba con ahogarla. Con sus hermanas ya casadas y su decimoctavo cumpleaños cada vez más cerca, llegaba su momento de presentarse en sociedad. Su madre se había esforzado para que aprendiera todo lo que una dama debía hacer y ser para encontrar un buen marido. Este último año había sido tan agotador que no estaba segura de si podría recuperarse de él. Apenas disponía de tiempo para pensar, pues las interminables clases se sucedían, unas tras otras, hasta que el sol se ocultaba y las voces de los profesores eran sustituidas por la de su progenitora.

Soltó un suspiro y paseó la vista por la estancia en la que había pasado parte de su vida. Había pertenecido a Cora durante un tiempo, hasta su llegada. Al no disponer de

más aposentos que no fueran las habitaciones de invitados, y tras una acalorada discusión entre los señores Grenfell, decidieron que las hijas mayores debían compartir cuarto. De esa forma Ada acabó en aquella habitación de paredes azul clarito con motivos geométricos blancos. Circulaban varias historias en la familia que contaban cómo Edith y Cora estuvieron tres días sin hablar con nadie, incluso entre ellas. Pasado el disgusto inicial, se volvieron inseparables y todo rencor que tuvieran hacia la menor de las hermanas, por arrebatárles su preciada libertad e independencia frente a la otra, desapareció.

A lo largo de los años, la habitación había sufrido varios cambios. Las cortinas no eran las mismas y la colocación de los muebles tampoco. El tocador, que se encontraba en la parte derecha, junto a la ventana, fue movido de sitio para instalar en su lugar un escritorio de pequeñas dimensiones. Añadieron también un precioso diván blanco, que le otorgaba a la estancia un aire más elegante.

Ada se separó de la puerta y se acercó a la mesa. Sobre el tablero había desperdigadas varias hojas en blanco. En la esquina superior izquierda, descansaba un montón de sobres. Antes los destinaba al buzón, pero últimamente los utilizaba para escribir a su tía abuela Agatha, por parte de padre, quien, tras enviudar, se mudó a Londres. Después de la muerte de su sobrino favorito, se había instalado en Southampton para estar más cerca de aquella parte de la familia. Mientras Thomas vivió se llevaban relativamente

bien, pero, tras su muerte, Mary se había vuelto muy recelosa en lo que respectaba a la vieja dama. Veía su interés en ellas como un ataque personal. Y, aunque a su tía le divertía meterse con ella, lo cierto era que se preocupaba por las nuevas generaciones. En especial por Ada, por quien sentía una profunda adoración.

La muchacha se sentó en la mesa y rozó con la punta de los dedos la esquina de los envoltorios de papel. Se quedó unos instantes allí, pensativa. Hasta que de repente cogió la pluma, la introdujo en el bote de tinta y, después de seleccionar uno de los pliegos, empezó a escribir. Las palabras fluyeron rápido y, en cuestión de minutos, ya tenía la misiva escrita con una elegante y cuidada letra.

Pemberhouse,
lunes, 18 de marzo de 1816

Estimado buzón:

Sé que nadie va a leer estas líneas, mas necesitaba escribirlas. Necesitaba desahogarme de alguna manera y esta ha sido la única vía

que he encontrado. No tengo nadie con quien hablar, salvo mi querida doncella Henrietta. Pero no deseo semejante carga para ella, pues su trabajo es atenderme, no consolarme.

Así que escribo esta carta, que, con toda probabilidad, no verá nadie más que yo.

Ha llegado el momento que más temía. En septiembre cumpliré dieciocho años, lo que significa que en febrero, cuando comience la temporada, seré presentada en sociedad para así poder encontrar un marido que se ocupe de mí. Madre sabe que no deseo hacerlo, pero mi opinión no importa lo más mínimo en ese aspecto. Es por ello que tengo

la sensación constante de que lucho contra gigantes a los que jamás podré vencer: de que grito, pero carezco de voz para hacerme oír. Y sin padre al lado me siento tan sola en esta batalla que pronto acabaré por rendirme.

La presentación en sociedad se asemeja tanto a un mercado, en el que los ganaderos muestran sus animales y los compradores preguntan por ellos, que no deseo que la mía tenga lugar. Detesto que se me juzgue por mi forma de hablar, de vestir o de comportarme. También por las supuestas habilidades que debo poseer para ser una buena esposa. No quiero ser la mercancía de nadie.

Si he de casarme, me gustaría ser yo la que eligiera con quién hacerlo. Es agotador tener que fingir ante una persona algo que no soy. No deseo pasar por lo mismo que mi hermana Cora. Madre cree que es una mujer feliz que disfruta de su marido y de sus hijos, pero lo cierto es que solo finge. Aunque sonríe y calla, sé que por dentro grita, herida, rota y asustada de que alguien se percate de cuán desgraciada se siente. La mañana que me atreví a preguntar por qué se la veía tan triste y apagada, lo primero que hizo fue abrir mucho los ojos como un cervatillo asustado. Tras comprobar que no había nadie más, me mandó callar y me hizo

prometer que nunca jamás volvería a sacar aquel tema de conversación. Me sentí desolada el resto del día.

No quiero convertirme en una marioneta que ríe cuando debe hacerlo, pero por dentro está muerta. Y, sin embargo, voy camino de ello.

Con un profundo pesar y una gran desesperanza, se despide,

Ada Grenfell

Cuando terminó la misiva, se quedó unos instantes ahí, contemplando su letra como si esta pudiera ayudarla a decidir qué hacer. La opción más sensata era arrojarla a la chimenea. Después de meditarlo durante un rato, cogió uno de los sobres al tiempo que se reprendía por hacerlo. Una parte de ella la animaba a volver al buzón de su padre, como si albergara algún tipo de esperanza en obtener una respuesta. La otra parte, la más sensata, creía que aquella tontería solo le reportaría más dolor.

Una vez que se aseguró de que la tinta estaba seca, dobló la carta con sumo cuidado, la introdujo en el sobre y lo cerró. Acto seguido, se levantó del asiento, se cambió las zapatillas por unas botas de media caña y abandonó la habitación con paso decidido.



Pemberhouse tenía dos puertas. La principal, por la que entraba la familia y los invitados, y la de los sirvientes, que se situaba en la cocina. Esta última nunca debía ser utilizada por una señorita. Sin embargo, Ada solía salir por ella cuando no quería que su madre la viera abandonar la vivienda, ya que estaba situada en el lado este de la edificación.

En esa ocasión, utilizó ese segundo portón para evitar preguntas que no deseaba responder y se encaminó hacia el bosque, poseída por una determinación que hacía meses que no sentía. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Había cometido la estupidez de salir sin abrigo y la humedad que traía la niebla alta se le pegaba al cuerpo. Desechó el regresar a por ropa más apropiada, pues no quería arriesgarse a que su madre la viera en el camino.

La distancia que separaba la casa de la arboleda le pareció más larga de lo habitual. Temía arrepentirse de su decisión si tardaba demasiado en alcanzar los primeros robles, así

que aceleró el paso. Las flores empezaban a surgir, tímidas, entre los troncos, lo que sacó una sonrisa a la joven. En primavera, el bosque se volvía un mar de colores salpicado de árboles. A pesar de que le hubiera gustado pararse a contemplar aquel espectáculo de violetas, amarillos y blancos, solo se detuvo cuando llegó al buzón. Seguía tal y como lo recordaba. Quizá con la pintura algo desconchada, pero nada más. Se tomó su tiempo para asimilar la oleada de recuerdos que acudió a ella. En cuanto se hubo serenado lo suficiente, contuvo el aliento y abrió la puertecita marrón de este. Su interior estaba vacío, tal y como lo dejó la última vez. Soltó todo el oxígeno retenido y depositó el mensaje en absoluto silencio. Contempló la epístola unos segundos, antes de cerrar el habitáculo de madera. Cuando lo hizo, echó a andar hacia la casa sin mirar atrás. Era consciente de que, si se quedaba allí más tiempo del necesario, la sensatez volvería a tomar el control de su cuerpo y retiraría la carta sin ningún tipo de remordimiento.

Nada más cruzar la entrada del servicio, tuvo el primer impulso de regresar. Su cerebro le repetía una y otra vez que nadie iba a responder, que había sido una tontería escribirla y meterla en el buzón. Hizo amago de volver sobre sus pasos justo cuando la parte más sentimental logró convencer a la racional para dejarla durante todo ese día y recogerla al siguiente. Sin su padre para leerla, su misiva seguiría allí al día siguiente. Lo que ella no sabía era lo equivocada que estaba al respecto.